

como un labrador, se me ha llevado esta noche. Y mis creencias se han destruido también.  
Pero voy a guardar este pequeño secreto. Un algo de mi madre, de la luz de sus miradas y  
tú me estás en él. Y puede que algún vez Dios resucite de nuevo.

Sigue la lluvia, cas con derruido en esta noche en que Dios, como un labrador,  
desmenuando de las sombras y de la inseguridad confusa de mi fe y mi esperanza, se ha lle-  
vado a mi madre. Así lloraba también, una tarde de mis doce años, ese día en que conocí la im-  
portancia de la primera luz de la mañana cuando esperaba a prima María de los Angeles, y no  
como . . . te acuerdas, hermana querida decida ahora, en los instantes en que ella me acor-  
daba a depositar sobre las manos camino de estirada de mi madre ese ramo fresco de sien-  
preñas, te acuerdas de esa tarde en que te esperaba y no viniste; allí, cuando tentamos a oc-  
caso y yo que me machugan en los ojos . . . te acuerdas de cómo mis labios esperaban tu beso y  
las yemas de mis dedos el contacto con la gloria de ese primer beso tuyo . . . te acuerdas de  
cuánto te amé . . . y así ha de haber sido también, hermanita, en el instante de  
lo de mi madre a la tierra.

# DOS CUENTOS

ALFONSO BARRERA VALVERDE

# CRONICA DE JOVEN SIN OFICIO

Alfonso Barrera Valverde

*Miro por la ventana, con ganas de saludar.*

*Buenos días, sol, buenos días a quien me escuche.*

*Nadie le respondió; sus parientes continuaban allí, tendidos sobre diversos lechos.*

*Buenos días, columpio roto.*

*Y el columpio, más bien dicho la mitad, aferrándose en el árbol alto, se movió con el viento, como los monos pequeños cuando se cuelgan con una sola mano, mientras se rascan las axilas.*

*Buenos días: eran los ruidos del metal en el tronco del árbol.*

*Después, el joven comenzaba a tararear una canción cuando su padre lo llamó desde la ventana vecina:*

*¿Joven, para qué sirves?*

*Hubiera contestado:*

*Para cantar.*

*Pero no son estas las palabras que esperan los mayores. En voz alta dijo:*

*Ya voy, estaba preparándome.*

*Para qué te preparas, qué profesión buscas? Si haces todo tan lentamente, no vas a aprender nada.*

*Y él hubiera aclarado:*

*Nada, no; sabré secar mi cabeza después de lavarme; sabré que estás ahí padre, sabré que te quiero mucho.*

*Pero comprendió que las personas grandes necesitan respuestas más sabidas. Por ello, prefirió cerrar el diálogo.*

*Si, padre, voy.*

*Y efectivamente estaba listo. Ya había conversado con la mañana azul. En los ojos del perro dejaba clavados los horarios del regreso:*

*Cuando vuelva, sal a la puerta a recibirme.*

*Después, si saltas, no me ensucies la ropa, que mamá ha de reprendernos a los dos; y a tí ciertas cosas te duelen mucho.*

*Cuida que la puerta no se cierre totalmente, porque los dos nos escaparemos otra vez, para mirar desde la colina las casas de los hombres.*

*Voy, voy, tuvo que repetir.*

*Durante el camino, comprendió que su padre estaba decididamente preocupado.*

*Vamos a hablar con el Orientador de Vocaciones. Qué podré decir de mi hijo? Cómo contarle que eres muy hábil para ablandar el corazón de tu madre, que tienes la palabra justa para los amigos y que siempre estás disponible para que todo ocioso te culpe de sus travesuras. No te digo que esas cosas estén mal, no, pero cómo te desenvolverás cuando te presenten los formularios? Capacidad de manejar aparatos mecánicos. Velocidad en el cálculo de matemática moderna. Sincronización de movimientos en los deportes. Posibilidades de vocación religiosa. Comotaciones para dirigente político. Si, si, ya se que puedo decir "muy inteligente, señor, muy sensible, muy buen corazón, inmejorable muchacho". Con lo cual, el Orientador Vocacional ha de preguntarnos: ¿Cuál es el casillero para "joven de buen corazón"?*

*Yo creo que sé cosas distintas.*

*¿Por ejemplo, cuáles?*

*No puedo decirlo con exactitud; pero si me dejaran conversar con los desconocidos....*

- ¡Bonito oficio! ¿Cómo les ayudaría?

- Yo podría recordar los colores de la tarde, yo sé tocar el alma, podría dar informes sobre quién sufre, quién está alegre y, además, por qué.

- Para tales cosas están ya los psicólogos y los sacerdotes.

- No me entiendes. No es lo mismo. A mí los jóvenes me creerían. Piensa, podría, si me dejaran, entrar en el mar y en las escuelas con un amor que ellos están apenas aprendiendo.

- No me digas que también respecto del mar te creerían más a ti que a los oceanógrafos, científicos, dedicados a estudiarlo durante muchos años.

- Yo buscaría cosas muy distintas.

- ¿Por ejemplo?

- Tal vez un erro con luces en las púas, o pecesitos transparentes, de esos que nunca salen al aire por temor a que se les mire.

- Pero de esos hallazgos, hijo mío, no se hacen las carreras de la gente. Cuando te pregunten que te gusta debes encontrar respuestas razonables. Diseñar autopistas, planificar una fábrica de juguetes plásticos o, si prefieres la medicina, reparar el cuerpo humano, que es un gran mecanismo, casi perfecto.

- Bueno, diré que me gustaría arreglar tocadiscos. Así los demás pensarán que mi vocación es electrónica y ellos y tú quedarán muy contentos, mientras yo sabré que menciono la música.

Atravesaban ya la puerta del colegio, del cual el joven saldría al año siguiente, graduado para continuar sus estudios en la Universidad.

Desde el reloj de la prefectura caían las campanadas como gatitos de algodón: sin saber en donde, con ritmo, sin voluntad.

El Orientador Vocacional los recibió con gentileza, pero luego se volvió muy averiguador. Al final, el joven y el padre pudieron comprobar las conclusiones del cuestionario, que eran totalmente desalentadoras.

- No se aconseja matricularle en ciencias exactas

- No se aconseja matricularle en facultades de derecho

- No se aconseja matricularle en instituciones tecnológicas

Para llenar el capítulo de "observaciones", el Orientador preguntó:

- ¿Qué oficios te gustarían?

- Muchos, pero no son conocidos.

Con lo cual el padre decidió comentar:

- Es un experto bastante excepcional en estrellas, en cielos y en sueños.

- ¿Te gustan las estrellas? - le preguntó el Orientador. El joven asintió con la cabeza.

- Puedes, entonces, seguir astronomía.

- No es lo mismo

- ¿Cómo sabes tú que no es lo mismo?

- Porque en el estanque están algunas fuera de todo cálculo.

- No sabes que los reflejos de los astros en el agua pueden también ser calculados por una combinación de matemáticas y física?

- Sí, pero también me gusta agitar el agua con los dedos.

Eso fue demasiado para un Orientador solo. Pidió la colaboración del padre:

- ¿Por qué no le deja fabricar un cielo, viajar en un cohete, jugar con las planetas? O, más sencillamente, conocer a los bombres?

- Usted también? - balbuceó, derrotándose el padre.

- Decididamente, sí, yo también estoy con él fue la respuesta.

Joven y padre salieron juntos a meditar qué hace la humanidad con alguien a quien le gustan el mar, las estrellas y la gente.

*La crónica no termina allí. Varios años más tarde el padre estuvo muy enfermo. Su familia lo rodeó.*

*Como el olor a muerte es notable entre quienes se quieren bien, todos lo percibieron cuando llegó por esa casa. Moría de manera mansa aquel hombre. Exactamente como había vivido.*

*Quiso decir una frase dirigida a cada uno de los suyos. De sus labios casi cerrados salían las últimas palabras, que eran de gratitud.*

*-Gracias por haber mitigado mi dolor- le expresó el hijo al médico.*

*-Gracias por haber calmado la sed de mis fiebres- susurró, más entre gestos que entre palabras, ante la hija, que le servía de enfermera.*

*Cuando tuvo que agradecer algo a aquel joven, hombre ya, que un día discutiera con él al caminar al colegio, tomó su mano.*

*-Gracias, hijo.*

*-Gracias de qué, padre, si no tuve casa para prestarte, si no curé tus escasas enfermedades, si no fui compañero de tu juventud, si no pude ser apoyo de tu vejez, si donde yo fui tú no viniste, si los dos ni siquiera solíamos hablar mucho, si lo que más compartimos fue nuestro silencio.*

*-Gracias, hijo, tú me entiendes bien, gracias exactamente por eso.*

*Tal fue, buenos amigos míos, la manera muy incomprensible, generosa, con que mi padre se despidió de mí.*

*(Del libro "Manuelito Conoce su País, Cuento con Viajes Adentro")*

• • •

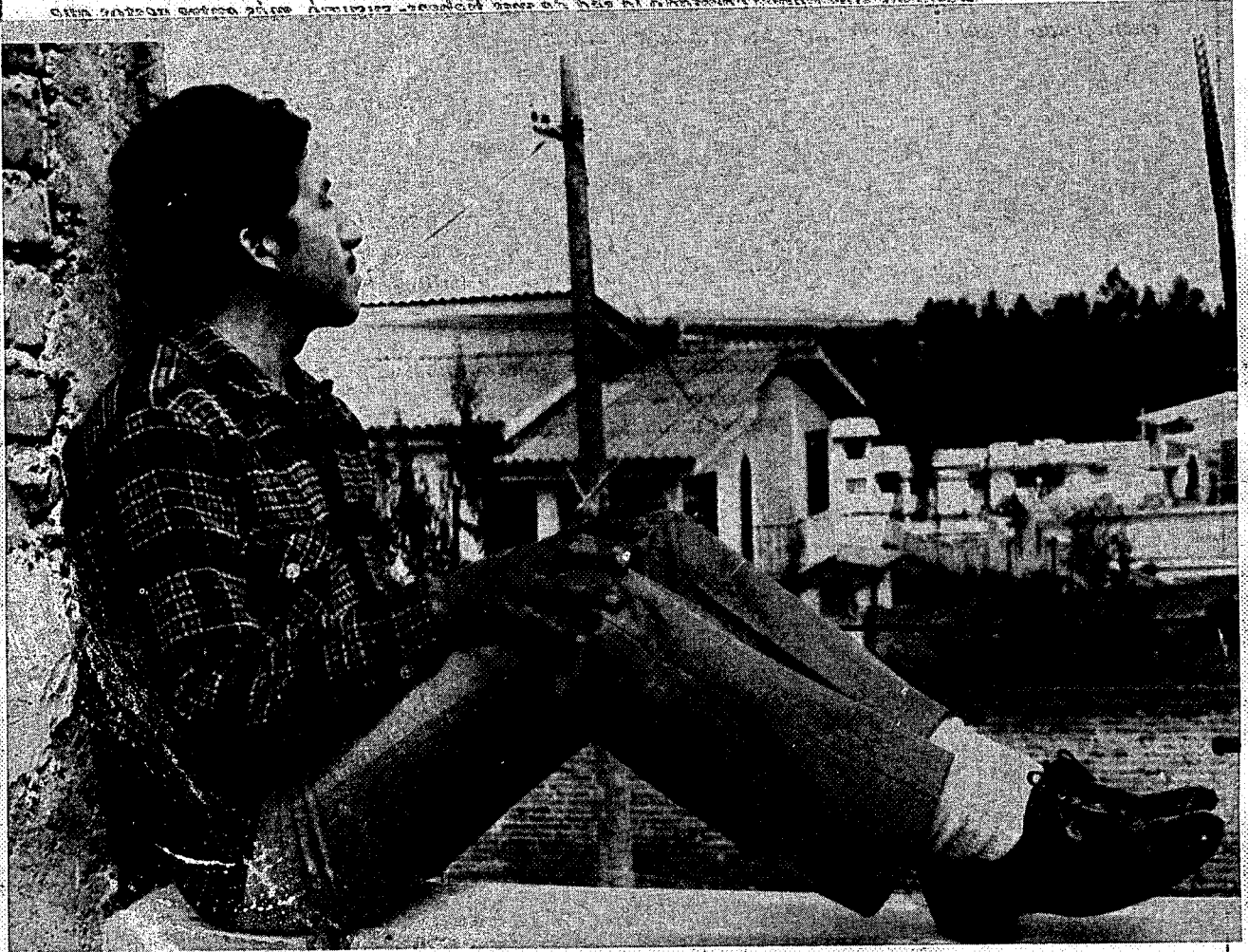
La cronica no termina allí. Varios años más tarde el padre estuvo muy enfermo.  
Su familia lo rodeó.

Como el olor a muerte es notable entre personas se quieren bien, todos lo percibieron cuando llegó por esa casa. Moría de manera mansa aquel hombre. Exactamente como había vivido.

Quiso decir una frase dirigida a cada uno de los suyos. De sus labios salió una sola palabra, que eran las últimas palabras que salió de su boca.

Gracias por haber mitigado mi dolor - le expresó el hijo al médico.

Gracias por haber mitigado mi dolor - le expresó el hijo al médico.





## El albañil que pactó con el diablo

Alfonso Barrera Valverde

*En toda ciudad que se respete hay algo para ser visto desde lejos.*

*En ésta, a fin de confirmar la regla, abundan las colinas verdes, las cúpulas multicolores y las torres blancas.*

*Las iglesias forman parte de enormes conventos cuadrados, llenos por dentro no sólo de vida sino también de biografías. Estos son unos monjes que, entre claustros, patios arbolados y fuentes, se pasean, se dicen inocentes bromas y rezan, ayudados por un libro llamado breviario, libro que dura siglos y siglos y que ellos se heredan entre sí por generaciones.*

*Dichos monjes son muy humildes sobre sus personas, pero no les falta cierto orgullo cuando recuerdan la fatigosa construcción de las iglesias de su comunidad. A relatar esas fatigas han dedicado por completo existencias.*

*Suelen contar, por ejemplo, que, en los días coloniales, un rey español se asomaba a los angostos ventanales de su palacio peninsular.*

*-¿Qué buscáis, Majestad?- le preguntaban los cortesanos más próximos.*

*(Es bien conocido que el papel de los cortesanos consiste justamente en interesarse por sus señores y repetir constantemente las mismas preguntas, las que no ofenden.)*

*-Busco las cúpulas de las iglesias de Quito.*

*-Pero Quito se encuentra más allá del océano y en la parte más lejana del otro continente- le objetaban.*

*(También es sabido que el cortesano debe presentar a su señor las observaciones adecuadas para "darle pie" y hacer brillar el imperial ingenio.)*

*-Con los años y el dinero que la construcción le cuesta a la Audiencia, las torres deberían verse desde cualquier ventana del mundo.*

*La verdad, anécdotas aparte, era que en la Ciudad de las Colinas estaba levantándose el mayor conjunto de construcciones artísticas de la América del Sur.*

*Las obras estaban a cargo de un religioso, como director, y del albañil más hábil, como oficial o "maestro mayor". (Así se llamaba al encargado de controlar a sus compañeros y a los peones.)*

*En el caso de San Francisco, los frailes, para que su prodigio no tuviera competencia posible, decidieron edificar, además, una capilla de modelo distinto, dentro del monasterio, tan perfecta como la gran iglesia, pero, desde luego, mucho más pequeña. Todo lo cual era magnífico, pero se prestaba a un defecto: la construcción monumental no estaría completa mientras no estuviera también ese pequeño y hermoso "brote".*

*Contrataron a un albañil joven, llamado Luis, famoso por haber construido palacios de virreyes, de presidentes de las audiencias y de magistrados. Luis tenía la saludable costumbre de terminar los encargos antes del plazo previsto.*

Pues bien, como en ocasiones anteriores, trabajó con gran entusiasmo y advirtió que esta vez no llegaría a tiempo!

Las fechas fugaban a velocidad increíble, pero las manos de los albañiles no podían seguir el ritmo vertiginoso que hubiera sido necesario.

Las manos humanas, aún las más aptas y capaces de pulir una piedra, no pueden gobernar al indomable tiempo, que, a pesar de todo y aunque nadie prefiera notarlo, termina por fugar.

Desesperado, Luis llamó al viejo socio de todo constructor de palacios, quien, procedente de los infiernos, se presentó, muy serio, vestido como debe estar un alto dirigente, con ropas abultadas, a fin de disimular un corazón inflamable.

¿Qué deseas de mí? preguntó con la seguridad que tienen los seres de su latitud y de su dignidad, cuando se saben solicitados.

Que me ayudes. Te conozco. Si eres miembro del directorio de las principales empresas constructoras de la tierra, si tus sabias leyes sustentan las bases y las galas de los palacios, supongo que te interesará también una famosa capilla.

Vaya, vaya, qué propuesta para mi boja de servicios de magnífico demonio! ¿Quieres decir que no te interesa...?

Claro que sí! pero preveo mi riesgo. Por una capilla pobre yo no movería ni el menique. Las iglesias ricas, esas ya son otra cosa. Tanto la tentación como los peligros, en tales circunstancias, suelen ser mayores. A los diablos se nos tiene más a la vista cuando nos pintan en catedrales y basílicas. Nadie nos busca en una capilleja rural de por ahí.

Lo tomas o lo dejas.

Gracias por ser impaciente, gracias. Estoy diciéndote que deberás aceptarme nuevas condiciones. Te acompañare en tu construcción, entraré en el terreno del enemigo, mas, al terminar la tarea, cuando coloques la última piedra, haremos el balance final. Deberemos desaparecer los dos: he de llevarte conmigo.

Tales palabras, escuchadas por el hombre con un temblor, significaban que las cuadrillas de trabajadores se turnarían en días y noches. Quedó nitidamente establecido que al clarear el domingo, cuando sonaran las primeras campanadas, el socio de los infiernos vendría a buscar el alma de Luis.

Pero Lucifer se equivocaba, al no contar con la imaginación y la astucia de los artesanos de estas regiones.

Luis numeró las piedras de la construcción. Retiró la más pequeña, la más escondida del zócalo. Pulió cuidadosamente el altar, las naves, las columnas y hasta abrigó los capiteles más encopetados. Quería que su capilla fuese la mejor vestida de las jóvenes capillas del nuevo mundo.

Tal deseo fue cumpliéndose, pues el demonio, como negociante de fama jamás desmentida, había tomado todas las seguridades y adoptado la más recóndita precaución.

Visitaba a aquellos con quienes el albañil tenía relaciones, menos los sacerdotes, claro, que no pueden recibir a visitantes en los claustros.

Movía a gobernantes, proveedores de material y a los otros conductores a cooperar más, a facilitar los fondos necesarios, a hacerlo sin pestañear.



La había aprendidos pues él también suele tomar frecuentes lecciones de los negociantes que un modo de ser notable consiste en llamar amigos a los simples conocidos.

Bien lo conocemos: quien no tiene verdaderos amigos aplica tal denominación a los colegas. En esto, los mejores ejemplos son justamente los empresarios.

Logró pues, que Luis y el fraile director de las obras si sintieran rodeados de una confianza total.

El demonio sabía que, si es necesario pasar por tonto, no hay negociante que se abstenga de hacerlo, con tal que con ello se vea algún dinero. Tal es la regla de oro de las transacciones comerciales.

Como se comprenderá, Lucifer se mantenía muy al tanto sobre el proyecto de Luis de esconder una piedra hasta finalizar la construcción. Esa era parte de sus dotes de gran jugador: simular que creía todo. Pero, en el rato preciso, si hacía falta, con sus propias y ardientes manos rescataría la piedra, la colocaría sobre el buco tan cuidado por Luis. Trataría de obrar en una de esas madrugadas oscuras, con duendés, vientos y gritos de borrachos trasnochados.

En los momentos finales, en verdad, el demonio tenía lista su liviana cartera de ejecutivo, donde el alma de un albañil cabe sobradamente, sin necesidad de doblarla.

Según se ve, el diablo sabía que Luis sabía lo que sabía: que la piedra se encontraba lista, pues la fama del albañil era debida a que jamás dejó de cumplir con su palabra. No podía arruinar su reputación con un descuido. Y, en efecto, Luis no solo cumplió, sino que, además, se maneja con gran calma, a base de no mentir.

Típico de los quiteños es que, en las quejas y en las sátiras de los momentos de mayor apuro, se vuelvan humoristas, que dicen cosas con un fondo de verdad.

Ahora bien: si la piedra no dejó de estar lista, ¿por qué no se la colocó? Y aquí viene el desenlace de tantos afanes de Luis y de su socio contrincante.

Fue el propio diablo quien la retiró para no complicar su vida. ¿Por qué? Tenía razón al obrar así, pues Luis con la colaboración de Fray Director a quien solicitó su consejo para algunos latines, había labrado la siguiente leyenda sobre esa piedra:

LOS PODERES INFERNALES NO HAN QUERIDO FALTAR A TAN CELESTIAL OBRA

CONTRIBUCIÓN DE SATAN A LA OBRA DE DIOS.  
MDXV ANNUS DOMINI

Desde luego, para Satanás o Lucifer o como quisiera firmar el socio de Luis, esa leyenda resultaba a todas luces inaceptable.

No podía darse el caso de empresario que firmase anuncios en favor de la competencia. Tenía que escoger: o cuidaba su imagen tan esmerada a través de los siglos, o conquistaba el alma de uno más de los partidarios de grandes monumentos. Obro como buen diablo: supo derrotarse en un negocio, para ganar muchos posteriores. Tal es la explicación de varios hechos en la Capilla de Cantuña. Por ejemplo, que en ningún lugar puedas encontrar la firma de los constructores.

Abora, sin embargo, transcurridos ya varios siglos, casi nadie nota la falta. Son tres las excepciones: Lucifer, que sigue esperando la posibilidad de vengarse de los albañiles quiteños; los frailes, que están en el secreto pero no lo divulgan; y los albañiles, descendientes de Luis, que no tienen pizca de ganar de picar, pulir y colocar una piedra sin texto, la cual tal vez los condenaría a los infiernos.

Por ello, Manuel, cuando visites el templo mayor y la pequeña capilla, no preguntes a qué se debe el hueco del zócalo. Nadie querrá decírtelo.

Por mi cuenta, quiero confesarte que tengo dudas y sospechas sobre esa leyenda. A nosotros nunca nos han contado las historias completas y ésta no debe ser una excepción.

Verás: hay dos versiones, ambas más probables que la anterior.

Una, que el especialísimo clima de esta ciudad debió tener relación con el desenlace. Bien sabes que aquí llueve diariamente, pero con horario. Por las mañanas hay un sol esplendoroso, tibio o suavemente cálido, que te invita a bañarte en un río o en un estanque. Pero de tarde llegan las nubes. Y, si no llueve después del mediodía no hay problema: los encargados de los parques pueden ir tranquilamente a sus camas, porque el aguacero caerá a la noche. De otro modo, los valles y los montes, alrededor de la ciudad, no serían tan verdes como son.

César Andrés

Pues bien, el albañil fue probablemente salvado por una lluvia de la madrugada.

Piensa en el papel de Lucifer, presentándose en el atrio para cosechar almas en medio de la lluvia.

No hemos oído jamás de un diablo pasado por agua. Me imagino qué debería tener un aspecto peor que el de los pollos mojados.

Piensa, por ejemplo, qué hubieran dicho personajes tan autorizados como los jueces de la Inquisición respecto de un señor tan necesario para sus sentencias, ridículo esa figura, con el rabo colgándole entre las piernas, estorbándole el paso. No, no pudo presentarse y arriesgarse de ese modo, pues de sobra conoces la gran opinión que tienen sobre sí mismos los señores con poderes hereditarios, entre ellos, a la cabeza, Lucifer y los suyos.

Podemos creer, y esto ya cabe dentro de las interpretaciones más ciertas, que el trabajador no sintiera mucho temor o reverencia ante su socio. Como era aborigen, y antes de la llegada de los conquistadores, los nativos nada sabían sobre demonios, es natural que él no estuviera tan informado como nosotros sobre los horrores del infierno. Seguramente solía tratar a los habitantes del cielo, tierra, purgatorio o del lugar que fuese con la más absoluta confianza. Por eso, a Lucifer le gastó su broma arriesgada y a la vez inocente.

Y esto sí que es infalible: puedes tener la total seguridad de que hay dos fuerzas para derrotar a todo tipo de bicharracos, de cualquier procedencia. Tales fuerzas son el amor y el humor.

Por ello, Manuel, cuando te encuentres alguna vez con uno de tales demonios, demonitos o demoniejitos, si no puedes hacer algo para quererlo, gástale bromas. Saldrás del paso como Luis, el albañil, quien se puso a salvo, no cuando dejó de colocar una piedra, sino antes, cuando comprendió que los diablos están hechos para que se les tome el pelo y nos diviertan.

del libro: "Manuelito conoce su país"